

LA RIQUEZA LEGENDARIA DE MEXICO

DANIEL COSÍO VILLEGAS

UN ensayo cabal sobre la riqueza natural de México debería hacerse, según creo, en tres etapas principales. La primera sería la respuesta a esta pregunta: ¿Es México, en realidad, un país rico? Si, como pienso, la respuesta es negativa, habría que pasar a la segunda: ¿Por qué, entonces, ha subsistido y subsiste la noción de una gran riqueza mexicana? La tercera, en gran parte consecuencia de las dos anteriores, sería la de llegar al concepto verdadero que podemos tener de nuestra riqueza.

Las etapas segunda y tercera son el tema de este artículo, el cual no podría entenderse del todo, sin embargo, sin un esquema de las conclusiones a que he llegado en la primera. Estas han sido presentadas *in extenso* en varias ocasiones.*

El primer dato a considerar es el del territorio, que dista mucho de ser ideal: no es sobresaliente por su extensión; su configuración montañosa dificulta la agricultura y las comunicaciones; su clima es malsano en las costas, en las que se encuentran las tierras más productivas; es bueno en el altiplano y la meseta norte, en los que las tierras son medianas o francamente pobres; la falta

* Véase, por ejemplo, mi *Curso de Sociología Mexicana* (1924-25); "La importancia de nuestra agricultura", en *El Trimestre Económico*, Vol. I, pp. 112-130; etc.

de ríos es una desventaja decidida; las precipitaciones pluviales casi en ningún caso son apropiadas y en la mayoría representan un obstáculo insalvable. La mejor medida de las condiciones del territorio mexicano la da su población: baja en números absolutos, desigualmente repartida, con densidades increíblemente bajas, con coeficientes de reproducción nada notables y de mortalidad muy elevada.

La productividad agrícola, como la agricultura misma, habría que examinarla en dos partes diversas: la de los frutos de la zona templada y los semi tropicales y los tropicales. Lo mismo se compare la producción total, que la superficie o los rendimientos, o la importancia del tráfico, o el consumo *per capita*, de trigo, maíz, frijol, avena, centeno, arroz, papa, etc., con los datos correspondientes de otros países, la conclusión es ineludible: nuestra productividad es bajísima, inverosímilmente baja. La situación es algo más favorable cuando se trata de café, azúcar y algodón y claramente buena en los productos tropicales como el plátano y algunas fibras. En cuanto a la ganadería, inútil pensar que alguna vez México pueda representar lo que en ella representan Argentina, Uruguay, Australia, Estados Unidos y Canadá. Los recursos pesqueros marítimos quizás sean grandes, como se asegura; pero los de ríos y lagos no lo pueden ser, siquiera sea por el escaso número de éstos.

Es verdad que cabe imaginar que en lo futuro puedan lograrse transformaciones muy importantes en la agricultura mexicana. En cuanto a la de zona templada, la aplicación general de técnicas elementales: abonos, ma-

quinaria, rotación de cultivos, selección de las mejores variedades, etc.; construcción de nuevas obras de irrigación y drenaje; realización cabal de la reforma agraria; desalojamiento a zonas más propias como la Laguna, el Valle del Yaqui y en general la zona Pacífico-Norte. Por lo que toca a la tropical, que se resuelva el principal problema relacionado con ella: el del dominio de las condiciones de la vida.

Pero ambas reformas, a medida que vayan realizándose, irán produciendo una serie de consecuencias, la principal de las cuales será un aumento correlativo de la población. De ahí parece legítimo concluir que agrícolamente, en el mejor de los casos, México podría llegar a producir lo bastante para alimentar bien a una población mayor; pero que no es fácil imaginar, por ejemplo, que se convierta en un gran exportador, como lo son ahora Estados Unidos, Canadá y Argentina en cereales, y Cuba y Brasil en azúcar y café. A ello se opondrían dificultades naturales que jamás podrían ser vencidas del todo. La zona Pacífico-Norte y partes de alguna otra, no podrían producir los cereales todos que necesitaría una población, digamos, de cuarenta millones, si es que ha de suponerse una alimentación juzgada de acuerdo con un nivel escandinavo, pongamos por caso. Habría que seguir usando tierras de la zona central, que por más bien cultivadas que se las suponga, darán siempre rendimientos relativamente bajos. Las limitaciones en el camino de un desarrollo ilimitado de la agricultura semi-tropical y tropical, quizá fueran de un orden más bien económico que natural: habría muchos países, tan bien dotados como

el nuestro, que ofrecerían al mundo lo que nosotros. La experiencia que México tiene en los mercados extranjeros para su café, plátano y henequén, así lo hace suponer.

En relación con los recursos industriales y la productividad industrial, es más fácil presentar y juzgar la situación de hoy, pero mucho más difícil valorar la del futuro, en parte porque poco, realmente, se sabe de los recursos mexicanos, y en parte porque nada más difícil que predecir el rumbo industrial del mundo todo. Algunos datos son claros, sin embargo, sobre todo para nuestro propósito, que no es el de cuantificar con precisión las posibilidades industriales de México, sino simple y burdamente formarse una idea de si puede admitirse la posibilidad de que alguna vez México pueda llegar a ser un gran país industrial, como lo son ahora Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.

El primero de estos datos es que un gran país industrial ha debido contar con hierro y carbón. Pocos y pobres son los yacimientos de fierro que se conocen en México, aun cuando se asegura que en Nayarit y Oaxaca los hay abundantes y buenos. ¿Lo serán tanto que pueda hacerse con ellos algo más de lo que se ha logrado en Monterrey? ¿Lo serán como los ingleses, yankis y alemanes, o al menos de la calidad de los suecos? En carbón nuestra falla es más conocida y admitida, aun cuando siempre se ha contestado que a falta de carbón, mejor es petróleo y electricidad. Es verdad que Italia, carente casi en absoluto de carbón, ha aprovechado la energía eléctrica como un buen combustible, capaz de desarrollar grandes industrias, como lo es que Japón complementa

de la misma manera sus fuentes carboníferas por ahora deficientes. México, cierto es, podría echar mano de buenos recursos hidro-eléctricos para mover una industria importante. Pero el del petróleo es un recurso más limitado de lo que en general se admite: hasta ahora las mejores aplicaciones que se le ha hallado es en automóviles y aviones, y en grado menor, en los barcos, es decir, como combustible de poco peso y volumen, capaz de producir grandes velocidades; mas no se podrían citar muchos casos importantes de desplazamiento del carbón por el petróleo en el campo industrial propiamente. Todo esto sin contar con que los países que tienen carbón, pero no petróleo—Alemania, Inglaterra—le están hallando a aquél una serie de aplicaciones insospechadas.

En lo que toca a otros recursos industriales no básicos, como lo son el carbón y el hierro, sería inútil pretender examinar uno por uno, sobre todo en un ensayo cuyo tema principal no es ese. Baste decir que una simple comparación de estadísticas internacionales sobre producción, consumo y tráfico de los principales recursos naturales, logra convencer de que México figura en lugar prominente en muy pocas de ellas y en la mayoría en ningún lugar. Un paso más en firme se puede dar acudiendo a los ensayos de medición que han hecho varios autores, el último Herman Kranold.* Usando de una serie de coeficientes ingeniosamente discurridos y combinados, Kranold llega a la conclusión de que los quince

* *The International Distribution of raw materials*, Londres: Routledge, 1938.

LA RIQUEZA LEGENDARIA DE MEXICO

países con mejores recursos naturales industriales son, en orden de riqueza creciente, los siguientes, con sus respectivos coeficientes en la columna extrema derecha:

| Rango: | País: | Coeficiente: |
|--------|-------------------|--------------|
| 1 | China | 1.0 |
| 2 | India | 0.4 |
| 3 | Polonia | 0.5 |
| 4 | Francia | 0.6 |
| 5 | Japón | 0.7 |
| 6 7 | Brasil, Holanda | 0.8 |
| 8 | Italia | 1.0 |
| 9 | Alemania | 1.3 |
| 10 | Gran Bretaña | 1.5 |
| 11 | Rusia | 1.6 |
| 12 | Estados Unidos | 4.4 |
| 13 | Unión Sudafricana | 6.0 |
| 14 | Australia | 7.5 |
| 15 | Canadá | 8.3 |

Sería desde luego interesante aplicar los coeficientes de Kranold a México; pero para nuestro propósito basta con sus conclusiones: México no figura entre los primeros quince países más ricos del mundo y, por consiguiente, no puede considerársele con una riqueza extraordinaria.

Si, a lo que parece, México no es un país rico, ¿por qué siempre se le ha tenido como tal? Extranjeros al igual que mexicanos lo han considerado rico. No sólo: mi ex-

perencia pedagógica es la de que el extranjero se asombra al oír lo contrario y que el mexicano ofrece una resistencia particular a admitirlo. Es más: no vacilaría en creer que el segundo calificaría de antipatriótica la actitud de quien creyera en la limitación de nuestros recursos y quizás aún la del inocente que sólo se mostrara escéptico de ellos.

Las razones de todo esto son muchas y muy variadas, a más de mezclarse unas con otras, haciendo difícil discernirlas. Su descubrimiento, estudio y clasificación darían material para un ensayo bien interesante.

Conviene seguir una primera pista: en muy buena medida el extranjero ha sido el origen y el alimento del concepto legendario de nuestra riqueza: desde Cortés en sus Cartas a Carlos V hasta la profesorcilla tejana que vendrá este verano, en las suyas a sus padres, todos los extranjeros han proclamado la riqueza del suelo y del cielo mexicanos. Lo mismo el espíritu objetivo de Bernal Díaz que el subjetivo de Acosta; igual el historiador Solís que el hombre de ciencia Humboldt; así el amigo Soustel y el adversario Simpson; todos han descrito, ensalzado y valorado en mucho nuestra riqueza.

No puede suponerse que a todos haya movido un motivo único, ni que la razón sea la muy simple de la ignorancia. Pero quizá no fuera infundado creer que el ojo ajeno es por necesidad diverso del propio.

Es curioso en extremo, por ejemplo, el caso de Humboldt. Hombre extraordinario por la variedad de sus conocimientos, el equilibrio de sus juicios, la autenticidad

de sus investigaciones, aún por la fe y el afecto que puso en nuestro país, resumió así su juicio sobre la riqueza de México:

El vasto reino de Nueva España, bien cultivado, produciría por sí solo todo lo que el comercio va a buscar en el resto del globo: el azúcar, la cochinilla, el cacao, el algodón, el café, el trigo, el cáñamo, el lino, la seda, los aceites y el vino. Proveería de todos los metales, sin excluir aún el mercurio; sus excelentes maderas de construcción y la abundancia de hierro y cobre favorecerían los progresos de la navegación mexicana; bien que el estado de las costas y la falta de puertos desde el embocadero del Río Alvarado hasta el del Río Bravo, oponen obstáculos que serían difíciles de vencer. (Humboldt, *Ensayo Político sobre la Nueva España*, I, 95.)

Buena parte de la visión—por no decir que toda ella—es la de un ojo ajeno: México como fuente de abastecimiento para el extranjero, o más cabalmente, país colonial que surte al metropolitano de las materias primas que éste necesita. No sólo así lo dice Humboldt, sino que lo comprueba la alusión a los malos puertos mexicanos y de modo mejor la lista de artículos que señala: metales, por una parte, por otra productos agrícolas y fibras. La excepción única es el trigo: artículo alimenticio producido en Europa; pero en cuanto a él, justamente, Humboldt se equivocaba, pues en tanto que México exportaba, o podría haber llegado a exportar los otros, no podía, ni ha podido, ni podrá jamás exportar trigo.

Claro que es, no ya de la teoría del comercio internacional, sino de simple sentido común, la reflexión de que si un país tiene condiciones para exportar unos artículos, las tendrá también para adquirir aquéllos otros que necesita y no produzca. Pero en el caso de los países llamados coloniales la reflexión tiene dos fallas: el extranjero olvida la primera y desconoce, en general, la segunda. La historia económica del siglo XIX—y la del presente, aunque en grado menor—demuestra que lo que en la jerga técnica se llama “condiciones de comercio”, ha sido favorable al país metropolitano industrial y desfavorable al colonial productor de materias primas. La consecuencia ha sido que los beneficios de la división del trabajo y del comercio internacional no los han compartido ambos tipos de países. La segunda falla—también demostrada por la historia económica del siglo pasado—es la de que cuando un país no cuenta con ese tipo de recursos que le permite satisfacer sus necesidades primarias de una manera directa y abundante, el esfuerzo que el productor de ellos—siervo o asalariado—tiene que gastar en producirlos es tal, que poco le queda para comprar el artículo industrial importado. El que puede pagar lo producirá entonces la industria nacional, a la que pronto se concede la necesaria protección arancelaria, con la consecuencia de que los beneficios del comercio internacional no los gozan en el país colonial todas las clases sociales, sino preferente o exclusivamente, la más altas. Esto quiere decir que de la Revolución Industrial a esta parte, aunque en menor grado en los últimos años, ha sido más ventajoso ser país industrial que productor de materias pri-

mas, y que, por lo tanto, el juicio que sobre su propia riqueza hiciera un mexicano, debiera ser hecho con ojo distinto al ojo certero, pero, al fin ajeno, de Humboldt.

Conviene seguir explorando esta idea y en el propio autor del *Ensayo Político*. Es curioso que cite la abundancia del hierro sólo como causa del "progreso de la navegación mexicana", y que haya olvidado asociarla a la existencia o falta de carbón para juzgar de una posibilidad industrial para México. Quizá sea exagerado proponer que la razón del olvido sea la de que Humboldt juzgaba de nuestro futuro con ojos de extranjero; pero no lo será descartar la hipótesis de la ignorancia: Humboldt era hombre admirablemente informado y para la época en que escribió se había abierto camino la idea de que la coexistencia en un país de carbón y hierro aseguraba a éste el porvenir más brillante, el de país industrial: la sustitución del carbón vegetal por el coque para separar el metal del mineral, se generalizó de mediados al fin del siglo XVIII.

Es verdad que era difícil imaginar que un país sin capital acumulado pudiera lanzarse al industrialismo, aún contando con carbón y hierro; y que, desde ese punto de vista, Humboldt tenía razón al señalar la navegación y el comercio exterior como el camino casi único de adquirirlo, en forma igual en que lo hicieron Holanda e Inglaterra, por ejemplo. Se sabe, en efecto, que el comercio fué la primera fuente de capital, como más tarde lo serían la industria y las finanzas. Sin embargo, no habrá sido a buen seguro esa consideración la que detuvo a Humboldt

a hacer la asociación entre el hierro y el carbón, pues por fortuna suya y nuestra también, no era economista.

En el extranjero que juzga de nuestra riqueza no sólo ha habido el mal enfocamiento a que lo conducen sus ojos de extranjero, sino la deformación a que lleva, por ejemplo, la codicia, el célebre "motivo de lucro" de los economistas. En esa categoría entran desde luego los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo. Las investigaciones históricas últimas—entre ellas las de nuestro compatriota Silvio Zavala—han conducido a establecer que por lo menos las primeras empresas de descubrimiento y conquista caen dentro de las formas jurídicas del Derecho Privado, en suma, que eran la celebración de un contrato entre varios individuos que formaban una sociedad, aportando capitales de diversa cuantía, y que esperaban ganancias que serían distribuidas concordantemente entre los socios: Diego Velázquez fué un socio capitalista importante de las tres expediciones a México; pero Bernal Díaz del Castillo, como los soldados y marinos sus compañeros, eran socios industriales: aportaban sus armas y sus aptitudes de soldados. Nada de extraño tenía, entonces, que en sus juicios hubiera estas dos actitudes generales: la esperanza, la espectación de obtener grandes ganancias de la empresa, o la exageración de las posibilidades infinitas de ésta para conseguir que otros se sumaran a ella haciéndola mayor y más viable.

Escojo a Bernal Díaz del Castillo para ilustrar estas ideas por la extraordinaria objetividad que pone empeñosamente en su celebrada crónica, y, luego, porque el

encanto de ella es tal, que acalla con facilidad todo posible resentimiento nacional.

En Bernal se encuentran millares de ejemplos de la primera actitud: la espectación del empresario ante los hechos reales que van a decidir del éxito o del fracaso de su empresa; pero ninguno hay mejor que este sucedido que ocurre cuando Cortés y los suyos llegan a Zempoala:

Y nuestros corredores del campo, que iban a caballo, parece ser que llegaron a la gran plaza y patios donde estaban los aposentos, y de pocos días, según pareció, teníanlos muy encalados y relucientes, que lo saben muy bien hacer, y como pareció al uno de los de caballo que era aquéllo blanco que relucía, plata, y vuelve a rienda suelta a decir a Cortés que tienen las paredes de plata, y doña Marina e Aguilar dijeron que sería yeso o cal, y tuvimos bien que reír de su plata e frenesía, que siempre después le decíamos que todo lo blanco le parecía plata. (*Historia de la Conquista de la Nueva España*. Ed. Calpe, I, 142.)

El soldado desconocido de la expedición cortesiana tenía tanta ansia de hallar la plata y el oro que lo iban a compensar con creces de sus fatigas y peligros, que veía en una pared recién encalada, una pared de plata. ¿No requerirá una psicología de exaltación extrema—de verdadera “frenesía”, como dice Bernal—la idea de creer en la posibilidad de que en un pueblo cualquiera del globo hubiera casas ordinarias, no ya templos o edificios públicos, con paredes revestidas o hechas todas ellas de metales preciosos?

Cuando los españoles obtienen de Moctezuma permi-

so para levantar en la Gran Tenoxtitlán el primer templo cristiano, Bernal describe así la escena del hallazgo de grandes tesoros:

... y cuando abrían los cimientos para hacellos más fijos, hallaron mucho oro y plata e chalchivis y perlas e aljófar y otras piedras; e asimismo a otro vecino de México, que le ocupó otra parte del mismo solar, halló lo mismo; ... e dijeron ques verdad que todos los vecinos de Méjico de aquél tiempo echaron en los cimientos aquéllas joyas y todo lo demás. (*Historia de la Conquista de la Nueva España*, I, 329.)

Por eso Moctezuma, en la primera entrevista que tiene con Cortés, le dice a éste con un calor que hace de sus palabras un verdadero alegato:

... también os han dicho, que yo tenía las casas con las paredes de oro, y que las esteras de mis estrados, y otras cosas de mi servicio, eran así mismo de oro, y que yo, que era, y me hacía dios, y otras muchas cosas. Las casas ya las veis, que son de piedra, y cal, y tierra. (Cortés: *Cartas*, ed. Lorenzana, p. 115.)

En frío y ahora, la realidad de esos sucesos puede provocar en nosotros una risa benévola; pero es que en aquella época la psicología del aventurero, del conquistador, no sólo era una realidad individual, sino colectiva: grandes grupos de hombres abandonaban las tierras paupérrimas de Extremadura, dejando familias y hogares, para venir a la conquista de América, cuajada de grandes peligros, pero la empresa única en que podía centuplicarse rápidamente el capital puesto en ella.

A formar esa psicología contribuía la segunda actitud general de que se habló antes: la de exagerar las posibilidades de la empresa para lograr que otros, del Rey abajo, se sumaran a ella. Ejemplos de esto se encuentran también a millares en todas las crónicas de la conquista. Según Bernal, por ejemplo, Pedro de Alvarado regresó a Cuba al frente de la segunda expedición a las costas de México y conversa con Diego Velázquez, el socio principal de ella, de las riquezas descubiertas por los expedicionarios:

Y desde que los oficiales del rey tomaron el real quinto de lo que venía a su Majestad, estaban todos espantados de cuán ricas tierras habíamos descubierto... y como el Pedro de Alvarado se lo sabía muy bien platicar, dizque no hacía el Diego Velázquez sino abrasalle, y en ocho días tener gran regocijo y jugar cañas. (*Historia de la Conquista de la Nueva España*, I, 49.)

No todo en este mundo—claro—ha de ser ganancia. Pero es curioso que el extranjero, aún en la decepción y el desengaño, no crea en la pobreza mexicana sino en su extraordinaria riqueza: si él no la consiguió, o no consiguió toda la que esperaba, no es porque no existiera, sino por algo diverso: en general, el hombre.

Bernal Díaz del Castillo vino a México a ganar dinero; no lo oculta, antes bien, lo dice con una claridad tan grande, que hace innecesaria la insistencia. Quizás porque su propósito era así de sencillo, no se conmueve fácilmente: actor en las tres expediciones a México, y en la de Cortés del primero al último día, presencié cientos

de veces la escena ya habitual de la llegada de los conquistadores a cada pueblo, la recepción que les hacían los caciques y señores principales y el obsequio de presentes que dictaban el miedo y el misterio que hacían nacer los *teutlis*. Pero Bernal encuentra pobres los presentes, calificándolos de tales, o valuándolos en sumas bajas: “y trujeron un presente de oro hecho en joyas que valdría doscientos pesos” (I, 377). Por eso Bernal no se emociona hasta llegar a lo que seguramente le parecía la meta: la Gran Tenochtitlán. La primera vez que se nota en el relato de Bernal cierta emoción es cuando describe la gran Plaza de Tlaltelolco y los mercados circundantes; después, cuando ve el templo de Hitzilopoxtle; pero la grande es cuando los españoles descubren tras una puerta tapiada el tesoro del padre de Moctezuma, el Rey Atzáyácatl:

Y desde que fué abierta y Cortés con ciertos capitanes entraron primero dentro y vieron tanto número de joyas de oro en planchas, y tejuelos muchos y piedras de chalchivis y otras muy grandes riquezas, quedaron enlevados y no supieron qué decir de tanta riqueza. . . e desde que yo lo ví, digo que me admiré, e como en aquél tiempo era mancebo y no había visto en mi vida riquezas como aquéllas, tuve por cierto que en el mundo no se debieron haber tantas otras. (*Historia de la Conquista de la Nueva España*, I, 334.)

Esas riquezas sí lo convencen; pero no son suyas hasta que Moctezuma, el Gran Moctezuma—como lo llama—

las entrega a los españoles. Ese era el término, el fin de la empresa:

...envió Montezuma sus mayordomos para entregar todo el tesoro de oro y riqueza que estaba en aquella sala encalada; y para vello y quitalle sus bordaduras y donde estaba engastado tardamos tres días, y aún para lo quitar y deshacer vinieron los plateros de Montezuma de un pueblo que se dice Escapucalco. Y digo que era tanto, que después de deshecho eran tres montones de oro, y pesado hobo de ellos sobre seiscientos mil pesos, sin la plata y muchas riquezas, y no cuento con ello los tejuelos y planchas de oro y el oro en granos de las minas... Ya fundido y hecho barras, traen otro presente por si de lo que el Gran Montezuma había dicho que daría, que fué cosa de admiración de tanto oro, y las riquezas de otras joyas que trujo pues las piedras chalchives eran tan ricas algunas de ellas, que valían entre los mismos caciques mucha cantidad de oro. (Bernal Díaz del Castillo: *Historia de la Conquista de la Nueva España*, I, 383.)

Pero aquella inmensa riqueza tenía que distribuirse y no en partes iguales; al mayor más, al menor menos, o como dice Cortés, "según la manera, y servicio, y calidad de cada uno". (*Cartas*, ed. Lorenzana, p. 457.) Y siendo tan grande, no dejó satisfechos a todos; mas no porque no fuera bastante, sino por el criterio con que se reparte:

Lo primero se sacó el real quinto, y luego Cortés dijo que le sacasen a él otro quinto como a Su Majestad, pues se lo prometimos en el Arenal cuando le

alzamos por capitán general y justicia mayor, como ya lo he dicho en el capítulo que dello habla. Luego tras ésto dijo que había hecho cierta costa en la isla de Cuba, que gastó en el armada; que lo sacasen del montón, y demás desto, que se apartase del mismo montón la costa que había hecho Diego Velázquez en los navíos que dimos al través, pues todos fuimos en ello, y tras ésto, que para los procuradores que fueron a Castilla, y demás de ésto para los que quedaban en la Villa Rica, que eran setenta vecinos, y para el caballo que se le murió, y para la yegua de Juan Sedeño que mataron los de Tascala de una cuchillada; después para el fraile de la Merced y el clérigo de Juan Díaz, y los capitanes, y los que traían caballos dobladas partes e escopeteros y ballesteros por el consiguiente, e otras sacaliñas, de manera que quedaba muy poco de parte, y por ser tan poco, muchos soldados hobo que no lo quisieron recibir, y con todo se quedaba Cortés, pues en aquél tiempo no podíamos hacer otra cosa sino callar, porque demandar justicia sobrello era por demás". Cortés secretamente daba a uno y a otros... (*Historia de la Conquista de la Nueva España*, Cap. cv.)

Cortés mismo, ante las maravillas mexicanas, oscila entre una actitud de imposibilidad o incompetencia para describirlas, y la de sentir que ha exagerado, para asegurar enseguida que no es así, que antes bien, se ha quedado corto. De la primera actitud es típico este pasaje de su segunda Carta-Relación:

Porque para dar cuenta, muy poderoso señor, a Vues-

tra Real Escelencia, de la grandeza, estrañas y maravillosas cosas de esta gran ciudad de Temijtitán, y del señorío y servicio de este Mutezcuma, señor de ella; y de los ritos y costumbres, que esta gente tiene, y del oro, que en la gobernación así de esta ciudad, como de las otras, que eran de este señor hay, sería menester mucho tiempo, y ser muchos relatores, y muy espertos, no podré yo decir de cien partes por una, de las que de ellas se podría decir. (*Cartas*, ed. Lorenzana, p. 144.)

De la segunda actitud, este otro: "Y no le parezca a vuestra Majestad fabuloso lo que digo, pues es verdad" (p. 142). Y de la reacción de ésta a la primera, el siguiente pasaje:

Pero puede vuestra Majestad ser cierto, que si alguna falta en mi relación hubiere, que será antes por corto, que por largo, así en ésto, como en todo lo demás; de que diere cuenta a Vuestra Alteza, porque me parecía justo a mi Príncipe, y señor decir muy claramente la verdad, sin interponer cosas, que la disminuyan, ni acrecienten (p. 144-45).

Pero al cabo del tiempo, Cortés, como antes Bernal y sus compañeros, sienten decepción: "verdad es—dice—, que joyas de oro ni plata, ni plumajes, ni cosa rica, ni hay nada como solía, aunque algunas piececillas de oro y plata salen; pero no como antes". (*Cartas*, p. 579.) Mas no es que el oro y las joyas se hubieran agotado; la culpa la tenía Diego Velázquez, el Obispo de Burgos, la Casa de la Contratación de Sevilla, "en especial Juan López de Recalde, Contador de ella".

Y esto nos lleva como de la mano a analizar la segunda causa por la cual, a pesar de tanto hecho en contrario, ha persistido—y persistirá todavía por largo tiempo—la opinión de que México es un país rico: y es que se ha dado por supuesta, o se ha defendido la riqueza física del territorio, para hallar todos nuestros males en la pobreza moral del hombre mexicano. La naturaleza—se argumenta—ha sido pródiga con el mexicano: le ha dado todos los climas, el trópico y las nieves perpetuas; agricultura y minerales; territorio extenso; largas costas; ríos; cielo azul, limpio siempre. Pero el mexicano es ignorante, perezoso, indisciplinado, pródigo, imprevisor, susceptible, rebelde. ¿Qué puede hacerse en estas condiciones? ¿Qué de extraño tiene que el país esté atrasado, que haya pobreza y aún miseria, a pesar, en medio de tanta riqueza?

Excusado es decir que esta forma de enlazar la riqueza física y la pobreza moral, la ha hecho sobre todo el extranjero: todo aquél que deseoso de obtener para su dinero un rédito más alto, ha venido a invertirlo a estos países, en minas, ferrocarriles, plantas eléctricas, empréstitos públicos. Siempre se ha recogido el interés en los primeros años; pero no más tarde, invariablemente. ¿Por qué en los primeros y no después? ¿Por qué no—como se había esperado—toda la vida? ¡Ah! Por la ignorancia, la indisciplina, la pereza, la imprevisión, la rebeldía, la prodigalidad del mexicano.

Pero por supuesto que no es el extranjero el único que ha hecho un uso político de la fábula de la riqueza mexicana. Somos nosotros mismos quienes más la hemos sobado. La línea general del razonamiento es ésta: ¿Por qué en

este país de maravillas hay tanto malestar, tanta pobreza; por qué Estados Unidos o Argentina progresan y nosotros no? ¡Ah! dice uno: por el cura; el otro dice: por el militar; éste: por el indio; aquél por el extranjero; por la democracia; por la dictadura; por la ciencia; por la ignorancia; finalmente, por el castigo de Dios. Y, claro, hace algunos años que las respuestas de moda son éstas: por el ejidatario; por los sindicatos; por la legislación del trabajo.

Ejemplos de esto, los hay también a millares; pero hombre tan perspicaz como Lorenzo de Zavala, ofrece dos magníficos. En un pasaje de su *Ensayo Histórico de las Revoluciones de Méjico*, dice:

Cortés en sus cartas a Carlos V hace pinturas halagüeñas, tan poéticas y extraordinarias de lo que había visto y conquistado con sus bravos compañeros, que era difícil no creerse transportado a un nuevo mundo, a una tierra parecida y aún superior a la imaginaria atlántida, o a esos países de oro, incienso y aromas de que hablan los escritores orientales. Palacios magníficos cubiertos de oro y plata; reyes y emperadores más ricos que los más poderosos potentados de Europa; templos comparables a los de la antigua Grecia; ríos que llevaban arenas de los más preciosos metales, y esmeraldas y diamantes en lugar de piedras; aves extraordinarias, cuadrúpedos monstruos; climas en que se respira una atmósfera de fuego, o en que una perpetua primavera representa la más aproximada imagen del paraíso. (Zavala: *Ensayo Histórico de las Revoluciones de Méjico*, I, p. 11.)

“Pero cuán diferentes eran estas mismas cosas vistas

desde aquellos países!”—exclama decepcionado Zavala—¿Por qué? Por varias razones políticas: “La conquista de los españoles deja a los indios en la esclavitud . . . No había más que señores y siervos . . .”, etc. El resultado real para el pueblo mexicano en medio de sus riquezas, ¿cuál era? Zavala lo apunta: “No hay cinco (indios) entre ciento que tengan dos vestidos” (I, p. 15).

En otro pasaje examina la situación del México Independiente, en los primeros años de su independencia, y dice con más modestia que Cortés:

Las minas prosperaban hasta el grado de que La Valenciana y la de Rayas, que eran las más ricas, bastaban para alimentar dos mil familias y enriquecer a los propietarios; las haciendas de ganado mayor y lanar eran posesiones de príncipes, pues tenían desde veinte a treinta mil cabezas; las de cultivo, aunque atrasada la agricultura, producían inmensas cantidades de trigo, maíz, cebada, frijoles y demás granos alimenticios. En la tierra caliente se cultivaba, con el día, la caña de azúcar y el café y éstos ramos preciosos formaban la riqueza de los propietarios, cuya mayor parte eran españoles y frailes. Se acumulaban capitales de mucha consideración en estas manos, y se establecía la desigualdad de fortunas y con ella la esclavitud y aristocracia.

“En medio de estas riquezas . . . la masa de la población estaba sumergida en la más espantosa miseria.

De nuevo, ¿por qué? Por razones políticas: “El terror que inspiraban las autoridades con sus tropas, su despotismo y orgullo . . . por la superstición religiosa de clérigos y

fanáticos, sin ningún género de instrucción . . . porque era imposible obtener justicia contra la voluntad del virrey". (Zavala: *Ensayo Histórico de las Revoluciones de Méjico*, I, 32 y sigs.)

No sólo el crítico u opositor de un régimen, de una organización, partido o persona política, da por supuesta nuestra gran riqueza física para hallar en el adversario la causa de todos los males, sino que también lo hace el candidato político, el proyectista político, el mago político, el mesías político. Todos ellos dicen: México tendría todo si . . . Y el inocente agrega: si se riega o se drena; si se combate el paludismo o la sarna; si se fomenta el turismo. Y el muy ceñudo y muy listo dice que todo lo tendríamos si . . . aquí hubiera una gran dictadura, o una gran revolución social.

Por supuesto que nada de disparatado tiene la tesis de que parte de la riqueza o pobreza de un país han de achacarse al hombre y no a la naturaleza; el hombre en su conducta social, en sus obras sociales, y una, claro, es la de la organización política que elija. Como que ha sido la organización política de México una de las razones principales que explica por qué ha perdurado tanto tiempo la noción de nuestra gran riqueza.

Una organización social de una desigualdad radical, en la que siempre han coexistido el grande y el pequeño, el lujo y la miseria, tienen que crear por fuerza, en el ojo menos sutil, la noción de riqueza absoluta, en el más sutil, la de que habría riqueza si ciertas cosas se modificaran.

Cortés pintó muy bien la primera, y además la llamó por su nombre: africana: "Hay joyerías de oro y plata,

y piedras, y de otras joyas de plumaje tan bien concertado, como puede ser en todas las plazas, y mercados del mundo. Hay mucha loza de todas maneras y muy buena, y tal como la mejor de España. Venden mucho lino, y carbón y yerbas de comer y medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos, y las tapan. Hay baños. Finalmente, que entre ellos, hay toda manera de buen orden, y policía; y es gente de toda razón, y concierto: y tal, que lo mejor de Africa no se le iguala". (p. 79.)

La segunda, la de que todo iría muy bien si ciertas cosas cambiaran, la refleja bien el título de una obra norteamericana reciente: *The Ejido, Mexico's Way Out*. El ejido, la salida, la escapatoria de México.

Por lo demás, este rasgo mexicano del contraste, de la desigualdad, ha sido apuntado por todo aquel que ha querido caracterizar a nuestro país: el único—se dice—en que coexiste la alta, lujosa catedral, y el cielo azulado, sola cobija de tanto mexicano; el último modelo de avión o automóvil de un lado, del otro el pie descalzo, lleno de grietas y callos, de tanto trotar por esos mundos de Dios.

Justamente para poner un poco de orden en tanta confusión, un viejo economista mexicano, don Carlos Díaz Dufoo, había inventado una fórmula que gozó de cierta celebridad: "Somos—decía—naturalmente ricos, pero económicamente pobres". Con esto quería decir que la riqueza, en su estado físico, existía; pero que para hacerla aprovechable económicamente, necesitábamos técnica, organización, espíritu de empresa, etc.

Es ya un progreso la fórmula de Díaz Dufoo; pero

ni salva el error que para mí es capital, ni es completa. Esto segundo porque si hemos de formarnos el mejor juicio de lo que puede ser nuestra riqueza, no sólo habría que considerar las posibilidades naturales y las económicas, sino las sociales o políticas, es decir, todos aquellos factores sociales que pueden entrar en juego transformando la sociedad, de manera que no sólo la riqueza que ésta produzca sea mayor, sino que se distribuya mejor.

Por otra parte, me parece que la fórmula de Díaz Dufoo pone demasiada fe en la técnica. Claro que si echamos un vistazo a la transformación económica que el mundo ha sufrido desde el último tercio del siglo XVIII, en particular en la segunda mitad del XIX, es fácil sentir esa arrobada admiración por la técnica y llegar a creer que si toda de la que dispone ahora el mundo fuera aplicada a nuestro pequeño México, éste crecería tanto, cambiaría en forma tal, que quizás nosotros mismos no lo reconoceríamos.

No es el caso de entrar ahora a tratar de hacer un pronóstico sobre el punto hasta el cual la técnica transformaría los recursos naturales de un país cualquiera. Se trata, más bien, de señalar las posibles limitaciones que la técnica misma presenta como elemento transformador. Por una parte, a la técnica se oponen obstáculos imposibles de salvar, o que salva sólo parcialmente. Ninguna técnica imaginable haría de nuestro territorio el de Estados Unidos: realmente inmenso, plano, rico, donde todo parece ser ventaja y nada inconveniente. Por otra, las técnicas no las hacen los países como México, sino los países grandes, ricos, en recursos u organización, para

quienes es tradicionalmente familiar elegir, educar, lograr técnicas. Nosotros, en general, poseemos tres tipos de técnicas: la invención local, propiamente para salir del paso, que sustituye a la invención buena y estable, extranjera, que hace un mecánico o un chofer cualquiera; la técnica buena y estable, que después de cientos de años llega a ser del dominio público, y que al aplicarse es, por supuesto, para salvar un retraso de años. El tercer tipo de técnica es la que trae consigo el capital extranjero que viene a invertirse a México: en los transportes, en las minas, en el petróleo. El estudio de las condiciones en que alguna vez México ha iniciado técnicas importantes (procedimiento de beneficio de metales, construcción de maquinaria desfibradora de henequén), así lo confirman: en ese momento el nuestro era, o el país productor más importante, o el país único, como en el caso del henequén a fines del siglo pasado y principios de éste. Son los grandes países industriales, aquellos en que la vida, por intensa, tiene que ser creadora, donde se hacen las técnicas.

Y claro que esos países las hacen de acuerdo con sus propias necesidades, para responder a sus propios problemas. Por eso, mucha de la técnica de los países industriales es destructora de las riquezas *naturales* de los países como el nuestro: tal es el caso de los colorantes y de los abonos sintéticos. No sólo, sino que hay casos en que no habiendo sucedáneos extranjeros, el interés del extranjero arrastra a estos países a soluciones equivocadas: así ocurrió con el nuestro al inducirse a abandonar en gran parte el cultivo del cacao para sustituirlo por el del plá-

tano... sólo para averiguar al rato que adquiriríamos una riqueza cuyo dominio no puede ser más precario.

Nada más lejos de mi pensamiento que disminuir la necesidad que considero inaplazable de usar buenas técnicas para explotar nuestros recursos naturales; pero tampoco admitir que con técnica tendríamos todo: primero, porque la técnica no da todo; segundo, porque ella, en gran parte, no nos pertenece.

Todo esto parece fundar algunos correctivos a la fórmula de Díaz Dufoo, de manera de llegarla a expresar así: en lo natural somos relativamente pobres; económicamente, somos pobres, si bien podemos serlo menos; socialmente también somos pobres, aún cuando podríamos serlo bastante menos de lo que lo somos hoy.